

El erotismo en Memorias de Leticia Valle de Rosa Chacel¹

II Parte

Susana Báez Ayala

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez/Universidad de
Granada

susana_baez@yahoo.com.mx

<https://dx.doi.org/10.12795/futhark.2010.i05.03>

Para Arturo Souto Alabarce y
Federico Patán López

Abstract: The narrative of Spanish women in the first part of the XX Century is quite limited. Rosa Chacel's novels appeared in that period (1898). She lived the splendour of the so called Generation 27, the rising of the Second Republic, the Civil War and, after a long exile in America, she ended her days in Spain in 1994. One of Chacel's best-known is *Memories of Leticia Valle*, a novel published in 1944 in Latin American. It is her third novel. This work is important because it seems to be the starting point of the literature written by women. And this is so, not only because the author offers us a stimulating narrative, but also because she deals with a topic that was not common in feminine pens: erotic literature. This article considers the relevance to define the way of writing

¹ Este ensayo da continuidad a la primera parte del artículo: Susana Leticia Báez Ayala, "La escritura erótica en *Memorias de Leticia Valle* de Rosa Chacel", *Futhark, revista de investigación y cultura*. Núm. 3, 2008, Sevilla (España), pp. 9-31; ambos trabajos forman parte de la tesis titulada: *Memoria vital y escritura erótica en la narrativa de Rosa Chacel*, presentada por la autora en noviembre del 2007, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, para optar por el grado de Maestra en Letras (Literatura española), dirigida por el Dr. Arturo Souto Alabarce. Agradezco a Francisco Serratos la atenta lectura en la corrección de estilo de dicha tesis.

in this text as erotic, in relation to the *leit motiv* that guides the author: the eros. The literary creation corresponds in Chacel to this impulse of life that leads her before she was born; this is what she expresses in another of her works, *Autobiografía de mis primeros diez años*. Later on, we will deal with erotism in *Memories of Leticia Valle*.

Key words: Rosa Chacel, *Memories of Leticia Valle*, Women Literature, erotic writing, erotic literature, Spanish exile

Resumen: La escritura de Rosa Chacel (1898-1994), como ella lo explica, surge de un acto erótico tal como lo abordamos en la primera parte de este ensayo;² ahora trataremos, en la misma novela de la autora: *Memorias de Leticia Valle* (1944), el erotismo como elemento central en la diegesis del relato; para ello nos valemos del concepto de “continuidad y discontinuidad” de George Bataille, de las consideraciones respecto al concepto de literatura erótica de Ana María-Moix y los concepto de erotismo, amor y sexualidad de Octavio Paz; autores con quienes Chacel mantuvo una relación intelectual y personal. Nuestro propósito es mostrar el interés de Chacel por incorporar los recursos de la intertextualidad, la ambigüedad y la escritura para entretejer una historia de seducción, un triángulo amoroso entre Leticia, la narradora-protagonista, Daniel y Leticia, un matrimonio de Simancas, lugar en donde se desarrolla la acción, a principios del siglo XX. Si bien, no podemos decir que Chacel sea una narradora de literatura erótica, si es una autora a quien en sus escritos el eros resulta central.

Palabras clave: Rosa Chacel, *Memorias de Leticia Valle*, literatura de mujeres, literatura erótica, exilio español.

A mí me comerán mis leones
Rosa Chacel, *MLV*.

[A] espíritu humano sus
movimientos eróticos le aterrorizan

² *Idem*.

I. La escritura de Rosa Chacel

Ya en la primera parte de este ensayo hemos anotado que Rosa Chacel es una de las autoras pioneras en España, en la narrativa de mujeres en el siglo XX; así lo documentan los trabajos de investigadoras diversas tanto en España como en otras latitudes: Europa y EUA;³ a pesar de la trascendencia de su trabajo literario por el manejo del lenguaje, la experimentación textual como su incursión en diversos géneros: novela, cuento, poesía, ensayo filosófico, no ha sido estudiada en Latinoamérica, en donde pasó gran parte de su vida, casi cuarenta años; por lo menos en México sólo existen dos tesis en la UNAM acerca de esta autora; por ello interesa contribuir al análisis y divulgación de su literatura tanto en México como en otras regiones. Aquí nos ocuparemos ahora de el erotismo en la novela *Memorias de Leticia Valle*.

II. Discontinuidad y continuidad en *Memorias de Leticia Valle*

Los conceptos de continuidad y discontinuidad de Georges Bataille permiten analizar el erotismo en *Memorias de Leticia Valle*. El triángulo amoroso al que asistimos en la novela entre Leticia, Daniel y Luisa entra en el rejuego del deseo de continuidad del erotismo de los cuerpos y de los corazones, sin dejar de lado lo sagrado, entendiendo por este erotismo no el

³ No podemos dejar de citar aquí a Ana Rodríguez-Ficher una de sus principales estudiosas y difusoras; así como a Dávila Gonçalves, Michele, Elena Grau-Lleveria, Shirley Mangini y Cora Requena.

deseo a Dios, sino la continuidad del *verbo*, de la palabra, de la escritura, de las memorias que leemos.

“Entre un ser y otro hay un abismo, una discontinuidad”, señala Georges Bataille al procurar esclarecer el erotismo en relación y con independencia de la sexualidad. El concepto de discontinuidad guía la exposición de este autor. Para él la reproducción pone en juego seres discontinuos, quienes nacen de otros seres discontinuos, mientras que la muerte inserta la idea de la continuidad. Este afán de continuidad domina las tres formas de erotismo que el crítico distingue: el erotismo de los cuerpos, el de los corazones y el de lo sagrado.

La continuidad, explica, pareciera hallarse tan sólo en la disolución de los seres discontinuos, pero la continuidad, anota Bataille, sólo vence si la muerte no se instaura. Agrega: “Se trata de introducir, dentro de un mundo fundado sobre la discontinuidad, toda la continuidad de la que este mundo es susceptible.”⁴ Esto, conscientes de que la muerte posee una materialidad más inminente que la vida.

De tal forma, distinguimos en la novela a la protagonista, Leticia Valle, inmersa en la discontinuidad y anhelando la continuidad; aunque, como lo señale Bataille, se encuentre sumergida en un ambiente en el que a todos aterrorizan los movimientos eróticos. Aquí no sólo entendidos como la relación sexual o la cópula entre los personajes, sino como aquel deseo de completitud, de unidad, de continuidad que los protagonistas anhelan: Leticia, Daniel, Luisa (pareja esta última que ahondará ese “terror” social al Eros por los acontecimientos “a-normales” en los que la triada participará). Y en esa búsqueda se topan con lo discontinuo, con la muerte literal y simbólica. La obra inicia en el momento de fragmentación de la unidad y la narradora consigue restablecerla mediante sus memorias, sus recuerdos y la

⁴ *El erotismo* (trad. Antoni Vicens). México, Tusquets, 1997, p. 33.

escritura de estos. Por lo tanto, la redacción de su escrito, la escritura misma es otra forma de erotismo, de posibilidad de continuidad.

Aquí podemos decir que las mujeres, por su condición genérica, son educadas y mantenidas en un estado de discontinuidad, al ejercer los roles pasivos —socialmente asignados—, *mujeriles*⁵ (en los términos planteados en la primera parte de este artículo), por lo menos en el contexto histórico en el que se ubica el texto, 1910. Leticia Valle los contraviene al procurar retornar el “amor”.⁶ Es un personaje en busca de la continuidad. Su herramienta o estrategia la encuentra en “su capacidad de abstracción y comprensión, es decir, el elemento intelectual [que la guía] en su afán de comprensión de la realidad.”⁷

Lucía Ortiz considera que el recuerdo sensorial que Leticia Valle guarda de su madre es el recuerdo del amor; de donde, agrega, se desprende una infancia carente de éste para la protagonista. La corta vida de la joven se ve marcada por la distancia con su familia y el deseo de incorporarse a otro grupo

⁵ Cf. Susana Leticia Báez Ayala, “La escritura erótica en *Memorias de Leticia Valle* de Rosa Chacel”, *op.cit.*, p.23.

⁶ Entendiendo éste en los términos de Octavio Paz, como aquel deseo que comunión entre dos personas. Paz recupera los diálogos de Platón, alude a la teoría del andrógino, revisa el concepto del “amor cortés” medieval, entre otros tópicos, y concluye que el amor surge de dos experiencias: la sexualidad y el erotismo. Y esta llama doble del amor, como él la define, tiene como finalidad última el encuentro de los espíritus, almas o como quiera que se desee llamarles, dice el poeta. En este sentido es que interpretamos el concepto “amor”, en el texto que estamos revisando. Cf. *La llama doble. Amor y erotismo*. Seix Barral-Planeta, México, 1994, 1ª ri., 223 pp.

⁷ Rasgos que distingue Lucía Ortiz, “Ambigüedad y sugerencia en las *Memorias de Leticia Valle*”. *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*. núm. 85, junio, 1988, p. VIII.

social que la salve de la inmovilidad y los “secretos” de su entorno nuclear.⁸

Esta “orfandad” llena a Leticia Valle de un sentimiento de discontinuidad y al incorporarse al núcleo familiar Luisa-Daniel, la niña no sólo se topa con la cuna que no ha tenido; descubrirá que el vínculo entre ella y Daniel sólo puede denominarlo, en el presente del relato, como “el amor era aquello”. Y es al lector a quien le corresponde interpretar a qué se refiere la narradora con esta frase.

Ortiz observa que el rasgo diferenciador de la novela es la ambigüedad,⁹ lo cual interesa resaltar, considerando que los hechos se narran desde la perspectiva de la protagonista, quien en general no cede la voz a otros personajes; esta perspectiva acentúa la adscripción de la novela a la literatura deshumanizada, en los términos de Pablo Gil Casados. El crítico anota:

Personajes abstractos encarnan una subjetividad mediante la que se manifiestan sensaciones, impresiones, intuiciones, pensamientos, sentimientos y obsesiones, pero casi nunca una problemática colectiva, entendida en sentido social y representativo.¹⁰

Gil Casados acierta en esta caracterización, que puede ser identificada en la narrativa de Chacel, por su filiación con Ortega y Gasset. Leticia Valle se nos muestra hundida en sí misma; explorando, efectivamente, su subjetividad; pero no por ello, su “historia” es menos relevante que la “HISTORIA” de un colectivo; aparece en el discurso y la escritura (porque hay que recordar que

⁸ *Ibid.*, pp. VI-VIII.

⁹ *Idem.*

¹⁰ Gil Casados, Pablo, *La novela social española (1942-1968)*. Seix Barral, Barcelona, 1968, p. 53.

leemos sus memorias) de la joven reflexiones que confrontan las normas sociales o de otra índole, cuestionando un deber ser tanto genérico como social de la España de principios del siglo XX. En el texto escuchamos a la jovencita, que nos aclara:

Tengo la necesidad de pensar por cuenta propia, [...] cuando no puedo hacerlo, cuando tengo que conformarme con alguna opinión que no arranca de mí, la acojo con tanta indiferencia que parezco un ser sin sentimientos.¹¹

La frase que abre este fragmento, “Tengo necesidad de pensar por mí misma”, se vuelve trascendente en el contexto de lo continuo y lo discontinuo. Leticia requiere comprenderse a sí misma y a su entorno, que la ha expulsado en diferentes momentos y circunstancias del “paraíso”, del “amor”; la mejor manera de conseguirlo es mediante el ejercicio del intelecto, de la revisión de sus acciones y sus pensamientos, del retorno a los hechos. Y allí, en la terrible complejidad de “aquello que era amor” decide habitar en adelante, pues en el tiempo y espacio pasados coincidió con la continuidad, asistió a la plenitud de sus experiencias, al gozo de las ideas y, probablemente, al placer del cuerpo. En palabras de Bataille, se integró al erotismo de los cuerpos, de los corazones y de lo sagrado.

La relación entre Leticia y cada uno de las tres vertientes del erotismo se puede analizar desde la figura del “erotismo de la palabra”; nos referimos a la posibilidad que tiene la jovencita del retorno a la unidad mediante las palabras que va plasmando en su texto, todas ellas formas liberadoras de la opresión en la que se ha desarrollado y en la que desean incorporarla los tíos en Berna, Suiza. Esos parientes, bien intencionados, desean

¹¹ Chacel, *Memorias de Leticia Valle*. Barcelona, Bruguera, 3ra. ed., 1985, p. 10 [1944], (en adelante nos referiremos a esta edición con las siglas *MLV*)

instaurar el olvido de los acontecimientos mediante la negación de las palabras, a través del silencio, del tabú, como ha sucedido antes, ya con la historia de los padres de Leticia.

La misma autora, Rosa Chacel, consigue escapar de la “ansiedad por la autoría” mediante el mismo procedimiento: el ejercicio de las palabras, la apropiación del lenguaje, de la memoria vital. Por lo que ahora, desarrollaremos este punto.

III. El erotismo de la palabra

Aunque Lucía Ortíz y José María Espinaza¹² reconocen que en esta novela los personajes se mueven en un mundo de pureza, no alcanzan a percatarse que esa ambigüedad y esa pureza tienen la finalidad de distraer al lector y evitar que a simple vista aparezca el asunto medular del texto: la seducción que realiza Leticia sobre los otros personajes. Daniel es el objeto principal de su deseo. Dicha “amistad” se verá truncada por los postulados moralistas que encarna el padre de la jovencita e implicará el castigo poético por la trasgresión cometida: la separación de los amantes y la muerte del amado. Será Porlan,¹³ quien en la entrevista a Chacel, iluminó la interpretación del texto, ya que él observa que al finalizar la obra el personaje masculino se suicida; los sentimientos que se

¹² *Cartografías*. Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1991, p. 13. Expresa el autor que la amistad de Leticia, Pablo y Luisa equivale a un “triángulo de absoluta pureza” (p. 13) y dice Lucía Ortíz: “se pasa, al final de la novela, a una repentina separación de Leticia de la pareja Luisa-Daniel por razones que también se les escapan por muy testigo que haya sido de la conversación entre su padre y su tío.”, *op. cit.*, p. VIII.

¹³ “A.P.: A veces, en tus novelas, evitas explicar hechos que son esenciales para la trama. Recuerdo el caso de *Memorias de Leticia Valle*. Cuando el archivero se levanta la tapa de los sesos produces una elipsis tan brutal que la mayor parte de los lectores no se enteran de ello.” Chacel explica este procedimiento como una aversión suya al relato, al realismo. Cf. Alberto Porlan, “Estudio”, en *La sinrazón de Rosa Chacel*. Anjana, Madrid, 1984, p. 77.

establecen entre Leticia y Daniel podría argüirse que no quedan del todo claros, no obstante al leer el siguiente apartado, las dudas se disipan:

De pronto me acuerdo... No, *eso* no lo escribiré. Describí todos mis sentimientos sublimes hasta que desembocaron en *aquello*, porque para eso lo hice: para que se viese dónde fueron a parar.¹⁴ [Las cursivas son mías.]

La ambigüedad del relato se crea mediante el uso de los pronombres relativos, entonces el lector debe preguntarse: a qué *eso* se refiere el texto, qué es *aquello* en el relato. El trabajo de interpretación del lector no es totalmente solitario. La misma ficción nos da la respuesta al ofrecer algunas pista; por ejemplo, anota Leticia:

No sé si era la cólera o la amargura lo que me llenaba los ojos de lágrimas. Me parecía que ya, en los días de mi vida no volvería a sentir nada a lo que se le pudiese *llamar en una u otra forma amor*.¹⁵

La última frase destaca el sentimiento que hasta unos días atrás ha invadido el alma de la casi niña, casi joven. Sentimiento que se ha desarrollado a través de la sensualidad que irradia el personaje masculino; sensualidad que si nos atenemos al significado del vocablo, implica la propensión o tendencia exagerada a los placeres de los sentidos. Y, efectivamente, Leticia, como buena protagonista de una novela deshumanizada, ve el mundo a través de los sentidos más que del pensamiento o la razón. Observamos que la narradora ha desarrollado la capacidad de escribir el mundo a través de la memoria y el silencio. Este último contribuye a la

¹⁴ Chacel, *MLV*, p. 172.

¹⁵ *Ibid.*, p. 174.

ambigüedad que mencionábamos arriba, ya que como dice Biruté Ciplijauskaitė retomando a Margaret Duras, "los silencios [...] se llenan de enormes reverberaciones."¹⁶

Entre los silencios y la memoria nos acercamos a la vida de la protagonista y a la gran capacidad sensorial que ella posee. Ya hemos anotado que las memorias le permiten a Leticia evadir la "realidad" que le circunda así como los silencios; si bien pareciera que predomina una enajenación en la interacción con el mundo, no lo hay consigo misma; se impone, mediante la confesión, repasar lo acontecido; va como en el cuento de Carpentier, "Un viaje a la semilla", al origen. Recuérdese la cita hecha en el apartado anterior: "Volveré hacia adentro todas mis fuerzas, echaré a correr hacia atrás hasta quedarme sin aliento, hasta llegar al final, hasta perderme."

Este deseo de discontinuidad (perderse) al mismo tiempo es un deseo de continuidad, como hemos argumentado. Y esa dialéctica surge, dice Chacel, de "fenómenos [...] suscitados por la vida, incorporados vitalmente [...] en la escritura [...] que te empujan a escribir [...] son momentos eróticos. En sentido genésico."¹⁷ Esta aseveración permite afianzar el postulado que guía la conversación de este trabajo. Deseamos asentar que es precisamente la memoria vital y la escritura erótica la base de la narrativa chaceliana, de donde el erotismo de lo sagrado, en Chacel, se vincula con la palabra; en la apropiación de ésta se encuentra lo genésico.

IV. El erotismo de los cuerpos

Uno de los tópicos centrales de *MLV* es el erotismo de los cuerpos. Y si bien, en los apartados anteriores nos hemos referido al

¹⁶ Biruté Ciplijauskaitė, *La novela femenina contemporánea (1970-1985): hacia una tipología de la narración en primera persona*. Barcelona, Anthropos, 1988, 255 pp.

¹⁷ Porlán, *op.cit.*, p. 71.

erotismo en su relación con la escritura, no desconocemos el interés de la autora por adentrarse al erotismo de los cuerpos, como lo nombra Bataille. Empero, en el manejo de este asunto, Chacel hace uso del lenguaje como el dispositivo principal que permite la seducción y la apropiación del objeto de deseo de sus protagonistas; también elige el proceso de la intertextualidad para los fines “amorosos” que persigue Leticia Valle; ella recurre al romance de José Zorrilla pero también puede rastrearse un diálogo con *El cantar de los cantares* en la descripción física que de Daniel y Leticia se brinda en el texto.

Analizar el erotismo, en este último sentido, implica elegir qué entendemos por tal en la literatura. Tenemos claridad de la amplia polémica en torno a este tema en el campo de los estudios literarios. Aquí optamos por los postulados de Ana María-Moix. La autora considera que:

La literatura erótica trata de una expresión, de una experiencia amorosa por medio del lenguaje, y por tal entendemos la experiencia que el hombre ha tenido y sigue teniendo de dicha experiencia, es decir, del amor pasión como impulso natural que mueve y altera tanto sus potencias físicas como anímicas.¹⁸

Si aceptamos el razonamiento de Moix podremos decir que *Memorias de Leticia Valle* es una novela erótica de lo más finamente elaborada, pues precisamente la riqueza y la preocupación de la escritura por parte de la autora, se encuentra en el lenguaje; éste sirve como canal de la experiencia amorosa. Ya

¹⁸ Ana María-Moix, "Erotismo y literatura", en Miriam Díaz-Diocaretz e Iris M. Zavala (coord.), *Discurso erótico y discurso transgresor en la cultura peninsular, siglos XI al XX*. Tuero, Madrid, 1992, p. 202.

arriba citamos cómo la narradora es consciente de este amor,¹⁹ y lo podemos observar en los apartados en que se exalta la figura del amante, como por ejemplo en la descripción que de él tenemos cuando la protagonista lo ve caminar de lejos:

Llevaba un impermeable pardo con capucha echada y un pañuelo de seda blanca al cuello. La chica que estaba conmigo me dijo:

-Ese es el archivero.

Y yo contesté:

-Parece un rey moro.

La niña anota cómo esta imagen se queda grabada en ella y no la abandona, la lleva a un estado de hipersensibilidad, del cual no saldrá más. Dicho estado se incrementará en la medida en que se construya la relación entre ella y Daniel. Elocuentes son las palabras de la jovencita, después de ese primer encuentro: "Cuando llegué a mi casa enteramente embebida en este recuerdo[...] Yo estaba más excitada que de ordinario, más sensible."²⁰

A diferencia de lo que resulta tópico en las novelas eróticas escritas por varones, y a veces también por mujeres, el cuerpo femenino se escamotea; en particular el de la protagonista, y se sustituye en esta novela por el cuerpo masculino; el cuerpo que recrea la narradora y, por consiguiente los lectores, es el de Daniel, transgrediendo las normas del discurso y del comportamiento, así tenemos una literatura erótica, al decir de Iris M. Zavala.²¹

El cuerpo de la protagonista es hurtado por la narradora de *MLV* y, por ende, la autora de las memorias que leemos. Aquí la

¹⁹Habría que explicar que además del amor que despierta Daniel en Leticia, en el relato hay otro tipo de amor: el filial.

²⁰ Chacel, *MLV*, p. 39.

²¹ Cf. Iris. M. Zavala, "Arqueología de la imaginación: erotismo, transgresión y pornografía", en Díaz Diocaretz y Zavala, *op. cit.*

opinión de Elaine Showalter resulta interesante: “Las maneras en que las mujeres conceptualizan su cuerpo están estrechamente relacionadas con sus ambientes culturales.”²² El ambiente cultural del relato se ubica hacia 1910, época en la que el cuerpo femenino es severamente censurado por la moral decimonónica que pervive en la península; por ejemplo, esto es irremediable cuando la jovencita informa que su tía no le permite descubrirse los hombros; la restricción social de mostrar el cuerpo femenino se proyecta muy bien en el imaginario de la joven porque se haya instaurado en el de la colectividad.

La protagonista oculta su cuerpo, pero en cambio nos ofrece detalles del cuerpo de las y los otros. Uno de los espacios textuales más interesantes, aquí, es el cuerpo de Daniel.

El cuerpo supone el umbral, el espacio de la discontinuidad y la posibilidad de la continuidad, entre el que desea y el que es deseado. Octavio Paz, en su texto *La llama doble*, aborda el tema del cuerpo y plantea las siguientes ideas al respecto:

El encuentro erótico comienza con la visión del cuerpo deseado. Vestido o desnudo el cuerpo es una presencia: una forma que, por un instante, es todas las formas del mundo. [...] Sin alma —o como quiera que se llame a ese *soplo* que hace que cada hombre y cada mujer sea una *persona*— no hay amor pero tampoco lo hay sin cuerpo. Por el cuerpo el amor es erotismo y así se comunica con las fuerzas más vastas y ocultas de la vida. Ambos, el amor y el erotismo —llama doble— se alimentan del fuego original: la sexualidad.²³

²² Elaine Showalter, “La crítica literaria en el desierto”, en Marina Fe (coord.), *Otramente: lectura y escritura feministas* (Presentación Marisa Belausteguigoitia y Marina Fe, introd. Charlotte Broad). México, FCE/PUEG/FFyL/UNAM, 1999, p. 100.

²³ Octavio Paz, *op. cit.*, p. 204 y 207.

De donde este rey moro con el que se asemeja a don Daniel simboliza todas las formas del mundo. Él sintetiza el concepto "rey moro". La narradora irá ofreciendo las partes del todo. Brindará una serie en *close up* de la corporeidad de Daniel y, a la par, insertará el proceso de acercamiento entre las almas o "como quiera que se llame ese *sopló*" entre los protagonistas, propiciando la configuración de *aquello*, que en opinión de la narradora, fue lo más cercano al *amor*. Y en los términos de Paz, la sexualidad se integra a partir de dos vertientes: el amor y el erotismo. Este último es explorado por los protagonistas y los conduce al ejercicio de la sexualidad, o en palabras de Bataille a la posibilidad de continuidad, aunque enseguida sea la muerte real y simbólica la que suceda a los acontecimientos narrados.

Entonces regresemos a la frase con la cual Leticia nos presenta al archivero de Simancas. Vemos como en una oración queda contenida una imagen contundente. El archivero de Simancas se compara con un rey moro. Si asumimos que el mundo árabe desde la Edad Media se ve como lo exótico y por lo tanto despierta interés y hasta pasiones, coincidiremos con Ana María-Moix cuando expresa que el lenguaje del erotismo, no es el de la imitación. El erotismo recrea, y su lenguaje debe ser capaz de poner en funcionamiento un mecanismo de re-creación. Los textos eróticos ejercen una violencia por la implícita trasgresión de un lenguaje determinado que los convierte en modelo de "otra realidad".²⁴

Y si es el lenguaje el que estructura las relaciones eróticas, en esta novela es también el que funda la "amistad" de estos individuos; las horas de estudio que comparten las dedican más que a leer libros o repasarlos a hablar o a contar experiencias y/o lecturas. En el espacio de la biblioteca, los acercamientos físicos parecen involuntarios y llenos de inocencia o pureza, como arriba

²⁴ Ana María-Moix, *op.cit.*, p. 201.

se decía; sin embargo evidencian lo que no se dice pero se vive: la seducción que Leticia Valle ejerce sobre don Daniel. Nótese la manera en que se describe a este hombre en voz de la narradora:

No podía observarle [...] me cercioraba bien de cómo brotaban en el borde de sus párpados las pestañas, brillantes y negras como laca [...] volvía a mirarle estudiando el dibujo de su nariz casi recta, el contorno de sus labios más bien pálidos, más bien finos, y dibujados con tanta precisión [...] su boca era una boca pensada, delineada: era un modelo, lo que se dice un paradigma.²⁵

La narradora se detiene en reconstruir el rostro de don Daniel, comienza por detallar los ojos, la nariz para detenerse en los labios paradigmáticos. Leticia, entonces, va apropiándose del cuerpo del archivero mediante la mirada; la plasticidad del cuerpo masculino se asienta en el texto mediante las observaciones minuciosas que de él ofrece el texto:

Al inclinarse apoyándose en el brazo del sillón, la camisa se le ahuecaba un poco y dejaba ver la parte lateral de su torso, no el pecho sino el costado, donde se le marcaban un poco las costillas, bajo una piel que parecía dorada, entre la blancura de la camisa.

O este otro fragmento:

Hacía como si le escuchase con atención enorme, pero en realidad no hacía más que mirarle. Me entretenía en mirar cómo le nacía el pelo en las sienes, cómo se le recortaba

²⁵ Chacel, *MLV*, p. 81.

alrededor de las orejas y cómo la barba le formaba distintas corrientes que partían junto a la boca.²⁶

La ambientación: tardes calurosas, espacios cerrados, naturaleza exuberante, pero sobre todo el lenguaje, propician se desencadene en la jovencita la fantasía; ella aclara que sus “delirios” no pararon en la observación solamente, de donde el lector se pregunta a qué delirios se refiere la narradora. Conforme avanza el relato sabemos que es a la relación erótica que entre estos personajes se va construyendo; quizá se pueda pensar qué tipo de relación erótica es ésta en la que no se da el contacto sexual; sin embargo, siguiendo a Moix, en literatura el lenguaje huye de lo explícito, el lenguaje erótico no refiere; su propósito es sugerir. Así, en *Memorias de Leticia Valle*, la voz narrativa expresa este deseo que le despierta el otro, aunque nunca asistimos a un encuentro físico, al menos no manifestamente.

No obstante, en distintas escenas se alude al diálogo de las miradas entre estos personajes. Muy significativa es aquella en la que Leticia llega trastornada a la casa de Luisa y Daniel, después de presenciar el ahogamiento de unos perritos en el puente (la discontinuidad de la vida). Daniel, procurando reconfortarla, la lleva entre sus brazos al sillón del estudio, la recuesta sobre una manta (aquella que Leticia regala en navidad a Luisa). Comenta la narradora que parecía que en ella recién se había recostado Daniel. Así, la manta se transforma en un elemento simbólico, representa la cercanía de los cuerpos, la carnalidad entre ellos. Pero la mirada es la que informa acerca de las pasiones desatadas. Leemos:

Alrededor de aquella mirada empezó a aparecer una sonrisa o más bien algo semejante a una sonrisa, que me exigía a mí sonreír. Era como si él estuviese viendo dentro de mis ojos el

²⁶ *Idem.*

horror de lo que yo había visto. Parecía que él también estaba mirando algo monstruoso, algo que le inspirase un terror fuera de lo natural y, sin embargo, sonreía.²⁷

Como epígrafe a este apartado hemos incorporado la idea del horror que el erotismo despierta, pues se vislumbra la posibilidad de la realización de lo continuo pero también se tiene conciencia de lo discontinuo. Aquí, ambos miran el deseo de uno y del otro, que metafóricamente se realiza mediante los cuerpos que se cobijan con la misma manta y, sin embargo, se horrorizan de ello, al ir este deseo de unidad en contra de los roles genéricos que ambos desempeñan en el entorno de Simancas. Cabe mencionar que don Daniel es un hombre casado de mediana edad; mientras Leticia es una jovencita de apenas once años. Saben que la realización del deseo será una trasgresión.

El deseo se instaura en el texto y Leticia decide abandonarse a él. No tan sólo se entrega a las complejidades del desear, además toma la iniciativa para propiciar el encuentro. Para conseguirlo, desde el ámbito de lo ambiguo, Chacel hace uso del recurso de la intertextualidad. Esto se aprecia en la escena en la que Daniel tiene contacto físico por vez primera con Leticia. La narradora informa que:

Él [don Daniel] de pronto alargó una mano y *cogió en un puñado todos mis tirabuzones*, apretándolos junto al cogote. Dijo: “Esta es la que tiene que darte más guerra; con estos pelos, buena debe ser” [...] la mano que sujetaba mi pelo lo había ido soltando todo menos *el tirabuzón* que se quedó entre sus dedos. Yo miraba a esos dos hombres que hablaban sin ocuparse de mí y miraba el extremo de mi bucle que seguía en aquella mano, que lo estrujaba como cuando se experimenta la calidad de una tela [...] a fuerza

²⁷ *Idem.*

de tirar con disimulo conseguí que lo soltara.²⁸ [Las cursivas son mías.]

Tradicionalmente el cabello se considera como un símbolo erótico en la cultura occidental así como en la oriental;²⁹ la insistencia en la sujeción de los tirabuzones por parte de don Daniel, quien juega con ellos, los palpa y decide su calidad mediante la textura de ellos, permite la interpretación de éstos como un elemento erótico. Pero, en sentido figurado, el tirabuzón propicia el encuentro y el diálogo, provoca las palabras del otro, a quien le ha sido lanzada el arma mortal. Así, la pequeña e ingenua Leticia, va por la vida con sus tirabuzones al aire, y un buen día alcanzan a su presa: Daniel. Y es el tópico del cabello, el que crea la intertextualidad con el cantar séptimo del *Cantar de los cantares*, en donde se lee: “Tu cabeza sobre ti, como el Carmelo, y tu melena, como la púrpura; ¡un rey en esas trenzas está preso!”³⁰ Ya antes se ha establado la relación entre Daniel y su semejanza con un rey moro. En el contexto de la cita se aprecia cómo este hombre, cual rey en el cantar, ha caído prisionero entre los cabellos de la amada. Al ser este texto interpretado como uno de los primeros poemas eróticos, podemos sostener nuestra propuesta entorno al uso de la intertextualidad en el texto para desarrollar el erotismo.

El climax de la seducción que la joven lleva a cabo, halla su momento revelador en la fiesta que se organiza en honor a la

²⁸ *Ibid.*, pp. 37-38.

²⁹ Baste recordar cómo en la lírica popular española durante el medievo se incorpora en múltiples ocasiones el tema de los cabellos; a veces en calidad de prenda de amor, otras de forma simbólica para referirse al deseo erótico realizado o postergado por los amantes. Cf. Margit Frenk Alatorre, *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica: siglo XV-XVII*. México, Facultad de filosofía y letras/Colegio de México/FCE, 2003, vol. I y II.

³⁰ <http://www.unored.com/labiblia2/antiguo/cantares.htm>

maestra de Simancas, a quien le festejarán sus bodas de plata como profesora. En el evento Leticia decide recitar el poema “La carrera” de José Zorrilla. El autor relata en este romance, según informa Leticia: “la leyenda del rey moro cuyo caballo desbocado le lleva al paraíso.”³¹ El yo lírico describe al rey moro, Al-hamar, quien se asemeja a su corcel en fuerza, ímpetu y virilidad. Conforme la narradora va recitando el poema, su voz deja de dirigirse al público y focaliza a su oyente de manera casi natural: don Daniel. Expresa Leticia: “en aquel momento no había entre él y yo ni distancia ni secreto [...] el poema me ayudaba no sé si a descubrirlo o provocarlo.”³² Siendo explícito el interés de Leticia por afectar las emociones de don Daniel.

La conciencia de que será observada por don Daniel, le permite planear a Leticia el manejo del cuerpo, y con una aparente inocencia se descubre los hombros, sabiendo que esto impactará a su “maestro”; al finalizar el acto nos enteramos de que el plan se cumplió: “Pestañó, como si hubiese sentido un contacto brusco en los párpados. Yo vi que con aquel sacudir las pestañas rechazaba la frase que yo había enviado con todo mi aliento; ¡el primero!”³³

Los fragmentos del poema, que la narradora reproduce en sus memorias, han sido analizados por Michele Dávila Gonçalves,³⁴ quien destaca los elementos simbólicos del texto para demostrar que mediante un proceso metafórico Leticia conduce a don Daniel (Al-hamar) al paraíso (gozo sexual) y el énfasis que pone en la frase “¡el primero!, alude a la entrega virginal de la jovencita. Dávila considera que el nombre de la protagonista bien puede ser interpretado como la alegría del paraíso. Supone que, cuando al

³¹ Chacel, *MLV*, p. 122.

³² *Ibid.*, p. 132.

³³ *Ibid.*, p. 137.

³⁴ “Confesión y seducción en *Memorias de Leticia Valle*”, en *La novela de formación femenina de Rosa Chacel, Rosario Castellanos y Elena Poniatowska*. Colorado, University of Colorado, 1997, pp. 53-93 [Tesis doctoral].

final Al-hamar alcanza el paraíso, aún estando todos los elementos en su contra, refiere esto a que Daniel arriba a Leticia, pero ésta ha hecho lo mismo que Al-Hamar mientras recita el poema: ha alcanzado a Daniel, en un deseo de venganza, de seducción, de posesión. Deseo que la narradora confiesa en sus memorias, en los comentarios que intercala dejándonos conocer lo que va pensando mientras ejecuta el poema. Uno de los sentimientos que la invaden es la alegría al tomar venganza de don Daniel. Anota:

Ya en otra ocasión he hablado a propósito de esto de venganza [...] apareció en sus ojos aquella expresión sombría que parecía que iba a desatar de un momento a otro un acontecimiento terrible. Exactamente igual que el día que se escapó de entre mis papeles el grabado del Profeta Daniel.³⁵

El Daniel de *MLV* posee características semejantes al profeta en cuanto a inteligencia y raciocinio y, sin embargo, se deja tentar por la “lujuria”. Así, cuando Leticia le dice que él se va a salvar como el profeta de los leones, gracias a la fe que tenía el hombre bíblico, él responde: “A mí me comerán mis leones”. El archivero sabe que finalmente sucumbirá a los demonios que se desatan con este poema y así sucede. Surge en él, al igual que en Leticia, el deseo de continuidad.

Podemos agregar a los planteamientos de Dávila que el discurso poético de Leticia se guía por un *leit motiv*: un deseo de continuidad a la par que de discontinuidad, en los términos de Bataille. Ambos personajes, Leticia y Daniel, adquieren conciencia de la situación que se les presenta y pasan por un periodo de crisis; mas la rueda ya salió del eje y no para. De tal forma que en un pasaje posterior la narradora de ser espectadora de un cuerpo se ve en la posibilidad de apropiárselo mediante el recurso del

³⁵ Chacel, *MLV*, p. 133.

desplazamiento o sustitución. Sucede que Luisa, la mujer de don Daniel, se lastima una pierna y de regreso del médico debe ser cargada por su marido; entonces Leticia observa esto y cree haber vivido el contacto con el cuerpo de don Daniel:

Le permitía tocar el paño del traje de él, oprimirle un poco entre el brazo y el pecho, más fuerte al sentirle inclinarse sobre la cama [...] quién podría negarme que yo sentí todo lo que pasaba dentro de Luisa [...] yo vivía en ella y exclusivamente por ella, su vida, sus secretos más íntimos y puedo jurar que yo sentí con ella, desde su último fondo, aquella especie de sed conque las palmas de sus manos parecían absorber el paño del traje.³⁶

El “puedo jurar que yo sentí con ella” destacado por Leticia corrobora el proceso de cercanía corporal entre estos dos personajes y el distanciamiento de ambos con Luisa. Lo cierto es que también la esposa del archivero procura apropiarse de Leticia. La fractura que sufre en la rodilla le permite mantener a la niña junto a ella. Él utiliza sus conocimientos y su temperamento violento para retenerla. Ella los silencios, la mirada, la cercanía corporal. Cuando don Daniel sugiere que Leticia ha abandonado los estudios por dedicarse al cuidado de Luisa, ella lo mira como queriendo decir: “Quieres quitarme lo único que tengo”.³⁷ La pareja se disputa a la jovencita. Ella, ante la presión que ambos ejercen sobre su persona, (Luisa mediante su carácter suave y armónico, Daniel a través de la ironía, la burla, la rudeza) decide sincerarse ante sí misma. Y aquí emerge el tema de la confesión. Asegura que había en ella el deseo de confesión, pero al hacerlo su confesor no alcanzaba a entender la complejidad de las pasiones desatadas.

³⁶ *Ibid.*, p. 148.

³⁷ *Ibid.*, p. 151.

¿Pero qué necesita confesar Leticia? ¿Será *aquello*? Y aquí, la jovencita retorna al presente del relato, y asegura que procura la confesión, por ser la una de la mañana y ante la necesidad de revisar lo que lleva escrito en sus memorias, se angustia ante la necesidad de “decir algo más de aquellos acontecimientos secretos y dudosos”.³⁸ Hechos que ella propició. Agrega que, mientras los esposos se disputaban sus afectos, ella disfrutaba al observar en la mirada de don Daniel “los fantasmas horrorosos” que le atormentaban. Leticia reflexiona y aclara que hay un regocijo por su parte, pues “era exactamente lo que yo había estado queriendo provocar con mi pensamiento”.³⁹

La tensión va en aumento y deriva en *aquello*. Después de una discusión entre el hombre y la jovencita por la aparente predilección de ella hacia Luisa, don Daniel sale intempestivamente de la biblioteca en donde se encuentra con la joven. Leticia se refugia en el llanto y de pronto frente a ella se encuentra de nuevo don Daniel: “De su semblante habían desaparecido por completo la crueldad, la inhumanidad y la ironía; sólo estaba presente lo otro, lo horrible, lo indefinible.”⁴⁰

Parece que los leones han hallado la ocasión para ocupar devorar a Daniel, pues a diferencia del otro legendario, éste no ha logrado vencer sus pasiones. La narradora no explícita a qué se refieren “lo otro”, “lo horrible”, “lo indefinible”. Tan sólo nos informa que él cierra la puerta de la habitación y expresa: “—¡Te voy a matar, te voy a matar!”⁴¹ Lo discontinuo parece instaurarse en el relato y en la vida de la protagonista. El silencio sigue a esta declaración, en seguida anota la narradora-protagonista: “Ahora es muy otra cosa lo que me queda por decir.”

³⁸ *Ibid.*, p. 156.

³⁹ *Ibid.*, p. 157.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 161.

⁴¹ *Ibid.*, p. 162.

Leticia informa el desenlace en sus memorias. Alude al secreto, a lo inaudito. Con una pincelada apenas, expresa que los leones se mantuvieron en su sitio por cinco días; hasta que en el quinto la puerta del estudio se abrió ante la inesperada y violenta presencia del padre de Leticia en el recinto donde sucedió *aquello*. Pero este pronombre se bifurca y refiere a dos acontecimientos sucedidos en el mismo poblado, Simancas, a la misma familia: los Valle; agraviando al mismo hombre: el padre de Leticia; pero a distintas mujeres: a la madre de la protagonista y a la narradora. De donde el secreto que aflora, no sólo corresponde a la violación que sufre Leticia por parte de don Daniel, además alude al adulterio realizado por la madre de Leticia. Al llegar a este punto, la frase: “el amor era aquello” adquiere múltiples significados. Era el amor materno prodigado a la niña en la infancia y luego abruptamente roto por el asesinato de los amantes cometido por el marido agraviado; era la relación amorosa de aquellos amantes; y, es la relación de estos otros amantes: Leticia y Daniel. Los leones se han desatado y *se comerán a Daniel*, tal como él lo dice en la cita que sirve de epígrafe a este trabajo. Dios no puede salvarlo como tampoco pudo hacerlo con los otros ofensores del honor de los Valle.

Cómo interpretar los silencios entre la narradora y los otros personajes y cómo interpretar la disputa entre don Daniel y el padre de la protagonista; pero, sobre todo, la muerte de don Daniel que aparece apenas enunciada: "Fue un pequeño estampido, lejano y tan breve, que se preguntaba uno si podía tener realidad una cosa tan sin tiempo."⁴²

De gran interés resulta el texto de Grau-Llevería, quien al argumentar el porqué elige los materiales para su investigación, anota: “En ninguna de estas obras existe la mujer enamorada. Con ello se quita relevancia al papel del hombre como cortejador, es decir como sujeto activo, y se ve a la mujer como sujeto en

⁴² *Ibid.*, p. 168.

sí.”⁴³ Y coincidimos con ella en que Leticia juega un papel activo, pero en cuanto a que no se enamora, discrepamos. Leticia permite que la llama doble del amor la arrebate, pero incluso cuando desea poner freno le es imposible y sucumbe a la luz, al llamado del deseo. Aunque en apariencia su vida tendrá un desenlace “normal”,

La novela de Chacel se inscribe por la temática que aborda y los recursos estilísticos que utiliza en el marco de la novela española contemporánea más rica y dinámica; en *Memorias de Leticia Valle* la teoría ortegiana no limita el argumento sino que le ofrece al lector entrar en el alma de la protagonista y desde ahí mirar el entorno social y económico de la España de principios de siglo, el cual por cierto no ofrece grandes alicientes. Así que la narradora no escapa a una realidad social adversa, pero mediante el gusto por la palabra y la escritura puede mirar la realidad con mayor distancia.

La subjetividad de las memorias de Leticia Valle al asumir el discurso de la confesión se tornan intensas, vitales. La joven no puede transitar a otra experiencia vital, ni quiere. La novela tiene una estructura circular, comienza y concluye durante la estancia de Leticia en casa de sus tíos en Suiza; ellos procuran que ella aprenda el alemán y olvide pronto lo acontecido en Simancas; pero la joven se niega a tomar el destino que le ofrecen sus nuevos tutores, eso sí, con las mejores intenciones. Así entonces, a pesar de que don Daniel y Leticia son castigados poéticamente, las relaciones amorosas marcadas por el erotismo y la sensualidad que

⁴³ Elena Grau-Llevería, *Cuestionamiento histórico y propuestas feministas en escritoras hispanoamericanas y españolas contemporáneas*. University of Texas, Austin, 1997, p. 13 [Tesis doctoral]. Aquí discrepo de la autora, pues en varios pasajes se asienta la reflexión de la narradora-protagonista sobre lo vivido con don Daniel fue amor. Cf. las palabras de Leticia Valle: “Me parecía que ya en los días de mi vida, no volvería a sentir nada a lo que le pudiese llamar en una forma u otra amor”, p.174.

entre ellos se ha dado les da la oportunidad de liberarse de la opresión que la realidad les impone.

Regresemos a Octavio Paz: “la ambigüedad del erotismo: es represión y es licencia, sublimación y perversión [...] Es el caprichoso servidor de la vida y de la muerte.” Agrega adelante, “El erotismo es, en sí mismo, deseo [...] sed de otredad.”⁴⁴

Y esa sed de otredad es la que será, en principio, explorada en la novela, para luego ser reprimida, censurada por el contexto de los protagonistas; otredad en la que decide habitar la jovencita y en la que hace vivir a sus narratarios. La memoria vital, la escritura como acto erótico y el erotismo en la literatura se funden en el texto para dar como resultado la novela en donde la ambigüedad guía al relato. Casi al final anota Leticia: “De pronto me acuerdo... No, eso no lo escribiré.” Como lectores no se sabe qué tanta información se nos ocultó, pero sí tenemos claro que Rosa Chacel elige la ambigüedad, los silencios, el lenguaje, la intertextualidad para sugerir lo que Paz denomina la “llama doble del amor”. La autora sugiere una continuidad y discontinuidad cíclica a partir del erotismo. No obstante sabe que no todos los lectores coincidirán en el significado del término: “digo erótica, por si hubiera alguien que entendiera derecho esa palabra.”⁴⁵ Se entiende la importancia que al concepto le otorgaba la autora y que en este artículo, dividido en dos partes hemos querido destacar.

REFERENCIAS BIBLIO-HEMEROGRÁFICAS

Báez Ayala Susana Leticia, “La escritura erótica en *Memorias de Leticia Valle* de Rosa Chacel”, *Futhark, revista de investigación y cultura*. Núm. 3, 2008, Sevilla (España), pp. 9-31.

⁴⁴ Paz, *op.cit.*, pp. 17, 18 y 20.

⁴⁵ Rosa Chacel, *Rosa Chacel*. Centro Cultural de la Generación del 27, Diputación Provincial de Málaga, 1990, s/p.

- Bataille, George. *El erotismo* (trad. Antoni Vicens). México, Tusquets, 1997.
- Chacel, Rosa. *Memorias de Leticia Valle*. Barcelona, Bruguera, 3ra. ed., 1985 [1944]
- Rosa Chacel, *Rosa Chacel*. Diputación Provincial de Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 1990.
- Ciplijauskaitė, Biruté. *La novela femenina contemporánea (1970-1985): hacia una tipología de la narración en primera persona*. Barcelona, Anthropos, 1988.
- Dávila Gonçalves, Michele. "Confesión y seducción en *Memorias de Leticia Valle*", en *La novela de formación femenina de Rosa Chacel, Rosario Castellanos y Elena Poniatowska*. Colorado, University of Colorado, 1997, [Tesis doctoral].
- Grau-Lleveria, Elena. *Cuestionamiento histórico y propuestas feministas en escritoras hispanoamericanas y españolas contemporáneas*. University of Texas, Austin, 1997, p. 13 [Tesis doctoral].
- Espinaza, José María *Cartografías*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1991.
- Frenk Alatorre, Margit. *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica: siglo XV-XVII*. México, Facultad de filosofía y letras/Colegio de México/FCE, 2003, vol. I y II.
- Gil Casados, Pablo, *La novela social española (1942-1968)*. Barcelona, Seix Barral, 1968.
- Moix, Ana María, "Erotismo y literatura", en Miriam Díaz-Diocaretz e Iris M. Zavala (coord.), *Discurso erótico y discurso transgresor en la cultura peninsular, siglos XI al XX*. Madrid, Tuero, 1992.
- Ortiz, Lucía. "Ambigüedad y sugerencia en las *Memorias de Leticia Valle*". *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*. núm. 85, junio, 1988, p. VIII
- Paz, Octavio. *La llama doble. Amor y erotismo*. México, Seix Barral-Planeta, 1994.
- Porlan Alberto. "Estudio", en *La sinrazón de Rosa Chacel*. Madrid, Anjana, 1984.
- Showalter, Elaine "La crítica literaria en el desierto", en Marina Fe (coord.), *Otramente: lectura y escritura feministas* (Presentación Marisa

Belausteguigoitia y Marina Fe, introd. Charlotte Broad). México, FCE/PUEG/FFyL/UNAM, 1999.

Zavala, Iris. M., "Arqueología de la imaginación: erotismo, transgresión y pornografía", en Miriam Díaz-Diocaretz e Iris M. Zavala (coord.), *Discurso erótico y discurso transgresor en la cultura peninsular, siglos XI al XX*. Madrid, Tuero, 1992.

Fuentes electrónicas

El cantar de los cantares, [consultado el 20 de enero del 2007]

<http://www.unored.com/labiblia2/antiguo/cantares.htm>